

Anthony Pagden

EN BUSCA DE EUROPA
UNA HISTORIA

Traducción de Alejandro Pradera

Alianza Editorial

Título original: *The Pursuit of Europe*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2022, Anthony Pagden. All rights reserved

© de la traducción: Alejandro Pradera Sánchez, 2023

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023

Calle Valentín Beato, 21; 28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-235-6

Depósito legal: M. 647-2023

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Para Giulia
Semper eadem

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	11
NOTA SOBRE LAS CITAS Y LAS TRADUCCIONES	14
INTRODUCCIÓN	17
1. REHACER LA GRAN FAMILIA EUROPEA	43
2. EL NACIMIENTO DE LA NACIÓN.....	67
3. LA CARRERA POR EL MUNDO	123
4. LA GUERRA QUE ACABARÁ CON LA GUERRA	197
5. UN NUEVO ORDEN PARA EUROPA.....	265
6. REMODELAR EUROPA.....	313
7. REFUNDAR EUROPA.....	361
EPÍLOGO.....	431
NOTAS	437
BIBLIOGRAFÍA.....	495
ÍNDICE ANALÍTICO	533

AGRADECIMIENTOS

Algunas de las ideas que el lector encontrará en este libro ya fueron puestas a prueba en distintas versiones ante diversas audiencias: en la Universidad de Oradea (Rumanía); en el Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona y en el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales de Madrid (España); en el Foro Kreisky para el Diálogo Internacional de Viena (Austria); y en las Universidades de Helsinki, Bolzano y la Universidad Hebrea de Jerusalén. En 2015, la Universidad de Aarhus (Dinamarca) tuvo la gentileza de invitarme a la Conferencia Anual Sløk sobre Historia de las Ideas, con el tema «Reinventar Europa 1815-1919», y la Universidad de Copenhague me ofreció pronunciar la conferencia inaugural de su Proyecto sobre la Ilustración Europea con el tema «Cosmopolitismo, patriotismo y nacionalismo: el incierto futuro de Europa». Quisiera dar las gracias a todos los asistentes a aquellos actos por su interés, por sus sugerencias y por sus objeciones, en ocasiones enérgicas. Tengo una deuda de gratitud especial con la Fundación Axel y Margaret Ax:son Johnson, que en 2012 tuvo la amabilidad de pedirme que participara en el Seminario Engelsberg de Estocolmo,

Suecia, sobre el tema «En busca de Europa: perspectivas desde el Seminario Engelsberg», que ha resultado ser la fuente de inspiración de gran parte de lo que acabó convirtiéndose en el asunto de este libro.

Este proyecto también se ha beneficiado, en más aspectos de los que podría mencionar, de mis conversaciones a lo largo de los años con José María Hernández, Joan-Pau Rubiés, Lionel Jospin, Quentin Skinner, Susan James, y con el desaparecido Tzvetan Todorov y mis colegas de la UCLA, en particular con Davide Panagia y Kal Raustiala.

Quisiera expresar mi gratitud a Andrew Wylie, el mejor de todos los agentes literarios posibles, por su dirección, su paciencia, su apoyo y su aliento, que me acompañan desde hace ya casi dos décadas, y a James Pullen, el director de la delegación de Londres. También quisiera dar las gracias a mi antiguo alumno Roey Reichert por su valiosísima ayuda al conseguirme muchos pasajes de importancia, en particular en la prensa diaria, y por haber identificado numerosos errores en mis referencias y alusiones a la obra de Immanuel Kant.

Como ocurre con todos los libros que he escrito a lo largo de los últimos veinte años, este le debe gran parte de su inspiración inicial y muchas de sus ideas a mis conversaciones con Giulia Sissa, mi esposa —que es una mujer europea donde las haya. Ella me ha ayudado a pensar con mayor claridad en la Europa a la que ambos pertenecemos y en la Unión Europea a la que ella tiene la suerte de seguir perteneciendo. Giulia ha contribuido enormemente a clarificar la argumentación general de este libro, y fue ella la que sugirió para la cubierta la imagen de la *Alegoría de la Justicia y la Paz* (1754) de Corrado Giaquinto, que plasma de una forma tan elocuente lo que representa Europa hoy en día. A Giulia, como siempre, por su apoyo, su generosidad, su ánimo, su sabiduría y su amor, le debo más de lo que jamás sería capaz de expresar, ni podría tener la esperanza de corresponder.

Esta versión en castellano ha sido actualizada y corregida —en la medida de lo posible— para tener en cuenta los últimos acontecimientos en la propia Europa —en particular el ascenso de una especie de nacionalismo «paneuropeo» en España y en Italia, y de una forma más dramática y relevante, las consecuencias para Europa y las implicaciones para su futuro de la guerra en curso en Ucrania. Todo esto, y muchas

otras cosas, le debe más de lo que puedo expresar a la atenta inteligencia y la rigurosa erudición de su traductor, Alejandro Pradera. Siempre mucho más que un simple traductor, no solo ha convertido mi prosa inglesa, a menudo tortuosa, en elegante castellano, sino que también ha logrado descifrar y corregir innumerables errores de transcripción y atribución en el texto original. Por consiguiente, su traducción ahora puede considerarse la versión definitiva de este libro, en cualquier idioma.

Castellaras le Vieux, Mouans-Sartoux

NOTA SOBRE LAS CITAS Y LAS TRADUCCIONES

Todas las fuentes griegas y latinas se citan a la manera tradicional, sin referencia a una edición concreta. En el caso de las obras modernas de las que existe un gran número de ediciones, he intentado, en la medida de lo posible, utilizar números de tomo, de capítulo o de apartado en lugar de números de páginas. En algunos casos he señalado una edición en particular. En el caso de las obras en idiomas distintos del inglés, siempre he intentado utilizar la traducción más accesible y fiable, aunque en algunos casos las he modificado ligeramente. Cuando no se cita una edición en inglés, la traducción es mía.

No es el interés del mayor número (de los pueblos), como se ha dado en decir, sino, antes que todo, el interés de ciertas dinastías, y después el de ciertas clases del comercio y de la sociedad, lo que conduce a este nacionalismo; después que se ha conocido tal hecho, no hay que tener miedo de proclamarse simplemente *buen europeo*, ni de trabajar en pro de la fusión de las naciones.

Friedrich Nietzsche, *Humano, demasiado humano*

INTRODUCCIÓN

I

Esta es la historia de una ambición, de un sueño, algunos dirían que de una ilusión. Es la historia de un proyecto, de un largo y tortuoso intento de unir una serie de grupos de gentes variadas, diversas y heterogéneas, de darles una identidad colectiva sin despojarles de sus identidades individuales —de que resulte posible hablar significativamente, como hizo Francis Bacon, el científico y filósofo inglés, fiel servidor de la Corona británica en el siglo xvii, de «nosotros los europeos», *nos Europai*¹. «Europa» es una metáfora y una alegoría. También es, por supuesto, más obviamente, un lugar, un continente, pequeño e indeterminado, lo que en 1924 el poeta francés Paul Valéry denominaba un «cabo del continente asiático», cuyas fronteras han ido cambiando constantemente, expandiéndose y contrayéndose a lo largo de los siglos, desde que los griegos empezaran a utilizar la palabra por primera vez, aproximadamente en el año 500 a. C.². Para ellos, Europa era poco más que las islas y la parte continental de Grecia, así como toda la masa continental poco

conocida que había más allá. Nadie podía estar seguro de cómo era de grande o ni dónde terminaba exactamente. Aparte de eso, sus fronteras conocidas se disolvían, a veces de forma imperceptible, en Asia hacia el este y en África hacia el sur, y a pesar de que todas aquellas fronteras eran humanas, políticas, culturales, y a veces religiosas, eran muy reales. «Da la sensación de que un hombre se despide de nuestro mundo [...] antes de llegar a Buda», escribía el viajero inglés Edward Brown en 1669 al cruzar la frontera y entrar en Hungría, a la sazón bajo el dominio otomano. «Uno tiene la impresión de que ha entrado en un nuevo escenario del mundo, totalmente distinto del de los países occidentales»³.

Sin embargo, Europa, como le decía el gran historiador francés Lucien Febvre al público que asistía a una conferencia que pronunció en el Collège de France en los últimos años de la Segunda Guerra Mundial —cuando prácticamente se había esfumado cualquier sensación de lo que había sido Europa, o de lo que podría volver a ser, aparte de escenario de una carnicería aparentemente interminable—, a lo largo de toda su historia siempre había sido mucho más que un simple lugar. Su geografía carecía de significado. «Porque Europa no tiene límites al este», decía, «ni ríos infranqueables, ni cordilleras insuperables, ni un brazo de mar, ni un gran lago, ni desiertos de arenas ardientes ni rocas glaciales». Solo hay historia. «Europa es un ideal, un sueño», proseguía, «por el que los hombres han muerto por millones. Europa es una idea cultural (pero hablar de cultura hoy en día es casi hablar de un sueño). Europa es una extensión de territorio, de un territorio en permanente expansión»⁴. Febvre estaba reafirmando, en un momento particularmente sombrío, una convicción que había formado parte, de una forma u otra, de la historia europea desde la antigüedad.

No obstante, fue en el siglo XVIII, durante lo que vino en llamarse la Ilustración, cuando fue cobrando vida poco a poco la idea de que Europa podía entenderse como algo más que una simple expresión geográfica indeterminada, o que un nombre colectivo. «Europa» era un espacio común, una única cultura, situada a mitad de camino entre el estrecho y posiblemente peligroso apego a la «nación» o la «patria» de cada cual y la identidad imprecisa y amorfa llamada «humanidad». Por ejemplo, así es como la entendía el gran jurista y teórico político Charles-Louis

de Secondat, barón de Montesquieu, en uno de los apuntes que él denominaba «Pensamientos» —y que tendré ocasión de citar de nuevo:

Si yo supiese algo que me fuese útil y que fuese perjudicial a mi familia, lo expulsaría de mi espíritu. Si yo supiese algo útil para mi familia y que no lo fuese para mi patria, intentaría olvidarlo. Si yo supiese algo útil para mi patria y fuese perjudicial para Europa, o bien fuese útil para Europa y perjudicial para el género humano, lo consideraría como un crimen⁵.

Un patriota, afirmaba en 1776 el historiador inglés Edward Gibbon en un tono parecido, tiene la obligación de «promover exclusivamente el interés y la gloria de su país natal; pero a un filósofo se le puede permitir ampliar sus ideas y que considere Europa como una gran república cuyos distintos habitantes han alcanzado casi el mismo nivel de buena educación y de cultura». Gibbon escribía mientras aún se dejaban sentir las turbulentas secuelas de la Guerra de los Siete Años (1756-1763), a la que en una ocasión Winston Churchill calificó de la «Primera Guerra Mundial» de verdad, y que, en un momento u otro, afectó a todas las grandes potencias de Europa y a sus imperios de ultramar. Sin embargo, ni siquiera lo que Gibbon denomina, casi despectivamente, «estos acontecimientos parciales» habían turbado «en lo esencial nuestro estado general de felicidad, ni nuestro sistema de artes, leyes y costumbres, que tan ventajosamente distinguen por encima del resto de la humanidad a los europeos y a sus colonias»⁶.

A partir de finales del siglo XVIII esa sensación de que, a pesar de los conflictos casi perennes, existía un territorio europeo común, algún tipo de identidad europea común, y unos intereses europeos comunes, y que en última instancia los Estados individuales de Europa no podían sobrevivir los unos sin los otros, se había convertido en una especie de lugar común. «En Europa las cosas son de tal forma», escribía Montesquieu, siempre el observador político más perspicaz de su tiempo, «que los Estados dependen unos de otros. Europa es un Estado formado por muchas provincias»⁷. El gran poeta, dramaturgo, historiador y filósofo francés del siglo XVIII François-Marie Arouet, más conocido por su pseudónimo «Voltaire», imaginaba que Europa era «una especie de gran república que

abarca numerosos Estados [...] que tienen una única base religiosa, los mismos principios de derecho público, las mismas ideas políticas, cosas desconocidas en otras partes del mundo». Lo que el jurista y politólogo anglo-irlandés Edmund Burke denominaba, significativamente, «el gran vecindario de Europa», era, a su juicio, y pese a su apego personal a su propio «pequeño pelotón», «prácticamente un gran estado, que posee la misma base de derecho general, con alguna diversidad de costumbres provinciales y de instituciones locales. [...] El conjunto de la forma de gobierno y la economía de todos y cada uno de los países de Europa deriva de las mismas fuentes», hasta el extremo de que «ningún europeo puede ser un exiliado total en ninguna parte de Europa»⁸.

Incluso el filósofo e historiador alemán Johann Gottfried Herder, que tenía un sólido sentido de las individualidades de todas las distintas culturas y «Patrias» de las que ya se componía Europa, estaba convencido de que:

En ningún rincón del Globo las naciones han estado nunca tan entremezcladas como en Europa; en ninguno han cambiado tan a menudo y tan completamente sus moradas, y con ellas su forma de vivir y sus costumbres. [...] A lo largo de los siglos el antiguo cuño familiar de muchas naciones europeas se ha suavizado y alterado por cien motivos, y sin ello este *espíritu general* de Europa no habría podido suscitarse fácilmente⁹.

A lo largo de los siglos se han identificado muchas cosas específicas, aunque no exclusivas, de Europa. Sin embargo, hay dos que han sido más duraderas que todas las demás, y que en última instancia han hecho posible la idea misma de la unidad de todos sus muchos y diferentes pueblos. La primera tiene algo de lugar común, por muy problemática y polémica que resulte. Como ha argumentado el eminente jurista italiano Aldo Schiavone, de todas las cosas que la Europa moderna ha heredado de la antigüedad clásica, dos han sido de una relevancia política duradera: el concepto de un gobierno representativo —«el paradigma griego de la política como soberanía popular»— y el concepto romano del gobierno en virtud de un derecho común «definido por la razón». No obstante, ha sido la Europa moderna la que, a través de una larga serie de convulsio-

nes, revoluciones y reformas, ha logrado, aunque solo de forma imperfecta, aunar ambas cosas¹⁰. Las modalidades concretas de gobierno adoptadas por los distintos pueblos del continente han sido, por supuesto, muy variadas. Pero todas ellas se han atenido a la idea de una «sociedad civil», lo que significa una vida vivida bajo la protección de un sistema universal de derecho al que cabe suponer que todos sus pueblos han dado su consentimiento. Es una convicción que, aunque —y en parte debido a que— ha sido reprimida de una forma tan brutal en tantos lugares a lo largo de una parte tan sustancial del siglo xx, constituye el principal fundamento intelectual e ideológico en el que hoy en día se basa la Unión Europea.

La otra probablemente es menos obvia. Como dijo el geógrafo griego Estrabón en el siglo i d. C., Europa era especial por ser capaz de proveerse de todos «los frutos que son mejores y que son necesarios para la vida, y de todos los metales útiles», y únicamente necesitaba importar productos de lujo, «especies y piedras preciosas», que, como él decía despectivamente, «hacen que la vida de las personas que sufren escasez de ellas sea tan plenamente feliz como la de quienes las poseen en abundancia»¹¹. No obstante, ninguno de los muchos y diversos pueblos del Mediterráneo podría conseguirlo por sí solo, tan solo *Europa* como continente, atravesada de este a oeste por las rutas comerciales, era capaz de lograrlo. Y eso se debía a que la vida era tan difícil para cada uno de esos pueblos individualmente que únicamente podían sobrevivir por el procedimiento de desarrollar las grandes redes comerciales que iban a convertirse en la base de su futura expansión mucho más allá de los límites de Europa. Además, debido a la intensa competencia que persistía entre ellos, todos los pueblos de Europa se veían obligados de vez en cuando a formar uniones políticas, y también de vez en cuando necesitaban desarrollar sistemas de alianzas, federaciones y ligas. En la realidad histórica, los europeos no eran, ni mucho menos, los únicos pueblos que reconocían el valor de la cooperación. Pero pocos pueblos han necesitado cooperar entre ellos con tanta frecuencia y durante un periodo de tiempo tan largo. Las alianzas, o mejor dicho la capacidad de formar alianzas, acabó considerándose uno de los rasgos de los pueblos europeos, y una de las causas de su éxito. Los persas, esos grandes «otros» de la antigüedad clásica, derrotaron a sus vecinos. Puede que los

griegos hicieran lo mismo con los suyos; pero además, ellos sabían cómo aliarse entre sí. Las más famosas de aquellas ligas fueron las anfictionías —las «ligas de vecinos»— de las ciudades-estado de la antigua Grecia, originalmente concebidas como alianzas para garantizar la protección de los santuarios sagrados de todo el Mediterráneo. Se cree que la más conocida, la Liga Anfictiónica Delia o Gran Anfictiónía, se fundó tras la Guerra de Troya para proteger el Templo de Apolo de la isla de Delos, pero seguía existiendo en el siglo II d. C. Las anfictionías se convirtieron en un punto de referencia para muchas generaciones posteriores de europeístas deseosos de ver en aquellos remotos orígenes clásicos la posibilidad de crear una nueva liga paneuropea más duradera. Las ligas, al igual que las federaciones y las confederaciones, ofrecían a la vez libertad individual y seguridad colectiva.

«Las ciudades de la antigua Grecia», escribía Gibbon acerca de los orígenes de su «única gran república»,

se forjaron en la feliz mezcla de la unión y la interdependencia que se repite a mayor escala, pero de una forma más laxa, entre las naciones de la Europa moderna —la unidad de religión, lengua y costumbres que las convierte en espectadoras y juezas de sus respectivos méritos; la independencia del gobierno y de los intereses que hace valer sus libertades por separado y las incita a esforzarse por la preeminencia en la carrera por la gloria¹².

En esa fe en la fuerza creativa de «la unión y la interdependencia», probablemente más que en ninguna otra convicción, se basaba la posibilidad de una futura unión europea. «Sin embargo, hemos de insistir de inmediato», concluía Lucien Febvre en su conferencia del Collège de France, «en que la unidad europea no es uniformidad»¹³. «Unidad en la diversidad», como reza el lema de la Unión Europea.

II

La mayoría de los autores de estas afirmaciones generalizadas eran conscientes de que aunque todos ellos concedían gran importancia a la diver-

sidad de los Estados europeos modernos, la unidad de Europa, ese «espíritu general», por usar la expresión de Herder, ya había sido «preparada de forma no planeada» justamente por aquello que, por lo menos él, más despreciaba: el Imperio Romano¹⁴. Pero Gibbon, a diferencia de Herder, también estaba convencido de que, en sus tiempos, era justamente «la subdivisión de Europa en numerosos Estados independientes, pero conectados entre sí por la semejanza general de su religión, su lengua y sus costumbres», la responsable de «las muy beneficiosas consecuencias para la libertad de la humanidad»¹⁵. Pero, a diferencia de Herder, Gibbon también estaba convencido de que el Imperio Romano de la era de los Antoninos, de los «Cinco Buenos Emperadores», como han venido en llamarse —desde Nerva (96-98 d. C.) hasta Marco Aurelio (161-180 d. C.)—, había sido el «periodo de la historia del mundo durante el que la situación del género humano fue más feliz y próspera», y que, por supuesto, se extendió mucho más allá de las fronteras de la Europa moderna hasta abarcar «la parte mejor de la tierra y la porción más civilizada de la humanidad»¹⁶.

No obstante todo aquello empezó a desintegrarse tras la sucesión de Cómodo, el hijo del emperador Marco Aurelio, en 177, cuando el imperio «cayó en manos de una sola persona [y] el mundo se convirtió en una lóbrega y segura cárcel para sus enemigos» hasta que, lenta pero ineluctablemente, en palabras de Herder, «la máquina se *desintegró* y *cubrió* de ruinas todas las naciones del mundo romano»¹⁷. En 476, al cabo de más de dos siglos de aquella agonía, el cacique germano Odoacro depuso al último emperador, Rómulo —apodado despectivamente «Augústulo», «Pequeño Augusto»— y el Imperio Romano en Occidente se desmoronó en una beligerante sucesión de feudos, principados, ducados, ciudades-estado y diócesis¹⁸. Lo que permaneció, lo que aún permanece en muchos lugares hasta el día de hoy, es una imagen de la antigua Roma como ese momento en que todos los que habitaban en lo que actualmente llamamos «Europa» vivían una vida relativamente segura, relativamente estable y próspera bajo los auspicios del derecho romano. En 1605, Francis Bacon escribía sobre los romanos:

Tenían por costumbre conceder rápidamente la ciudadanía, y del más alto nivel; es decir, no solo el derecho a comerciar, a contraer matrimonio y a

heredar, sino también el derecho al sufragio y a presentarse candidato a cargos y honores. Y no solo a determinadas personas; se concedía la ciudadanía a familias, ciudades, y a veces naciones enteras de una vez. Añádase la costumbre romana de establecer colonias, por las que las raíces romanas se transplantaban en suelo extranjero. Y al considerar esas dos prácticas conjuntamente, cabría decir que los romanos no se extendieron por el mundo, sino que el mundo se extendió sobre los romanos.

Bacon llegaba a la conclusión de que aquel era «el método más seguro de extender un imperio»¹⁹. También era, por supuesto, a muchos niveles, una ilusión cuidadosamente alimentada, fomentada y propagada por el propio Estado romano, y esa ilusión posteriormente se ha puesto al servicio de numerosas ambiciones estrechamente sectarias y nacionalistas. A pesar de todo, acabó convirtiéndose, como veremos, en un valioso recurso imaginativo para los futuros constructores de la unidad europea. Porque, en esta visión de Roma, a la que, a juicio de Cicerón, el último gran orador y jurista de la República Romana, cabía describir más como «un protectorado [*patrocinium*] que como un imperio del mundo»²⁰, resultaba posible crear la imagen de una alianza formada por Estados libres y unidos por un mismo cuerpo de derecho y por una ciudadanía común, donde un gran número de culturas diversas y distintos sistemas de creencias podían florecer sin trabas, siempre y cuando no supusieran una amenaza para el bien común. Todos los pensadores, desde Bacon hasta el filósofo francés nacido en Rusia Alexandre Kojève (del que hablaremos más adelante), que entre 1945 y su fallecimiento en 1968 trabajó en el Ministerio de Asuntos Económicos de Francia y ejerció una influencia considerable aunque no aparente sobre la participación francesa en la creación de la Comunidad Económica Europea, sabían de sobra que las realidades del gobierno imperial romano y de la vida en tiempos del imperio, ya desde antes de la desaparición de la República en 27 a. C., nunca fueron ni tan benignas ni tan ecuménicas. Sabían que Roma se había hecho con su imperio sobre todo a través de las conquistas. También sabían que aunque aquellas conquistas a menudo se llevaron a cabo «en el interés de los aliados» de Roma, muchos de aquellos aliados fueron escogidos a fin de facilitar la expansión por el

procedimiento de defenderlos, de modo que, como reconocía el propio Cicerón, «nuestra nación se ha hecho con el control del mundo entero por el procedimiento de defender a sus aliados»²¹. También sabían, por supuesto, que la tan cacareada grandeza romana se había creado a base de trabajo esclavo y, por ello, como comentaba David Hume, el gran filósofo del siglo XVIII, «para alguien que reflexione fríamente sobre el asunto, queda claro que la naturaleza humana, en general, realmente disfruta de más libertad hoy en día en el gobierno más arbitrario de EUROPA que en cualquier momento del periodo más floreciente de la antigüedad»²². Sabían que, en virtud del derecho romano, las mujeres tenían muy poca consideración y gozaban de escasa independencia social de sus padres o de sus maridos, y que los padres podían ejercer el derecho de vida y muerte sobre su prole. Eran plenamente conscientes de todas esas cosas, igual que de la truculenta brutalidad de los juegos circenses, y de la crueldad y la depravación de tantas familias imperiales romanas. Pero la cuestión no era la realidad histórica. Lo que importaba era la ambición, el objetivo, la percepción de lo que *podía* ser una auténtica confederación de pueblos, de lo que Kojève denominaba un «verdadero imperio».

A finales del siglo VIII, Carlos I, rey de los francos, más conocido como Carlomagno, «Carlos el Grande», se propuso recrear por lo menos una parte de lo que él conocía de todo esto. En 800, tras conquistar gran parte de Europa meridional y central, se hizo coronar como «emperador de los romanos» por el papa León III. El Imperio Carolingio abarcaba la mayor parte de Europa central, algunas zonas del norte de España, hacia el este hasta lo que hoy es Polonia, y una gran parte del norte de Italia. Era, por supuesto, un imperio mucho más pequeño de lo que fue el Imperio Romano en su apogeo, y duró menos de un siglo. Pero fue el Estado fundacional de lo que más tarde sería el Sacro Imperio Romano —o, a partir de 1512, el «Sacro Imperio Romano de la Nación Alemana»— que sobreviviría hasta su ignominioso final a manos de Napoleón en 1806, y que iba a tener una inmensa relevancia política, aunque no un auténtico poder político, para las generaciones sucesivas. También fue el responsable de aportar la cohesión política inicial que iba a hacer que a lo largo de toda la Edad Media Europa